

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 8 DE JUNIO DE 1905

NUM. 498



SANGRE TORERA

(FINAL DE UN TELEGRAMA)

—«... CABALLOS MUERTOS, 5. OVACIÓN Y OREJA.—VILLAUERRUTIA.

JUEVES DE GEDEÓN



Observa, querido Calínez, que cuanto digamos hoy lo vamos a decir por telégrafo, y no suprimas ni una tilde en lo que quieras manifestarme. Antes al contrario, abusa todo lo que se te antoje de los adjetivos y de las conjunciones, porque tal lujo ó derroche reclama nuestra brillante información, aunque después no informemos nada. Y sin olvidarte de que ya está funcionando entre los dos el aparato telegráfico, contéstame á esta sencilla pregunta: ¿Qué te ha parecido el recibimiento hecho en París al Rey de España?

—Un recibimiento de mucho ruido.

—Amplifica la idea con el terrible laconismo del telégrafo.

—Y pocas nueces.

—¡Hombre, te digo que te explayes, que charles y despotriques á tu antojo, y me contestes con el menor número de palabras posible! Eso no es hablar por telégrafo ni con su terrible laconismo. Abre la espita de tu verborrea y lléname los oídos de interminables frases telegráficas.

—Pues bien, Gedeón, cuando sonó el *chupinazo* de la calle de Rívoli, todos los franceses y buen número de españoles pusieron cara de asombro. «¡Cómo! ¿Una bomba?» Se decían con gestos de sorpresa. Y yo no me asomé ni tanto así.

—¿Por qué razón?

—Porque aquella bomba tenía sus precedentes, lo mismo que si hubiera sido cualquier ilegalidad española. El atentado parisiense no era el primero, sino el segundo de los atentados contra los intereses unidos de Francia y España que los jefes de estas dos naciones representaban. La primera bomba estalló en Tánger.

—¿Qué me dices?

—La verdad.

—¿Pero en Tánger hay también anarquistas?

—Sí; anarquistas forasteros que desembarcan de gran uniforme, ponen la bomba y se van.

—¿Otro Farras marroquí?

—¿Qué Farras ni qué niño muerto! ¡El mismo gentilísimo emperador Guillermo III!

—¿Cómo! ¿el poderoso Kaiser alemán se ha metido ya con el fulminato de mercurio? Realmente sería lo único que no hubiera explotado para realzar y engrandecer su augusta y multiforme personalidad. Y dime, ¿la bomba de Tánger ocasionó muchas víctimas?

—Y las que cuelgan aún. Por de pronto, el amigo Delcassé está muy malito y á punto de dar las boqueadas ministeriales. Considera si son terribles los efectos del mercurio. Estalla la bomba en Tánger y parte por la mitad á Delcassé en

el centro de París. Ten, Gedeón, como amigo entrañable te lo advierto, muchísimo ojo con las substancias mercuriales, ora en bombas, ora en cápsulas. ¡No se sabe hasta dónde llegan los peligros de jugar con el mercurio, digan lo que quieran los termómetros!

—Pierde cuidado, Calínez; tus cariñosas advertencias no caerán en saco roto. ¿De suerte que el atentado de Tánger colea aún y sus efectos amenazan turbar la paz de Europa? Medrados estamos. Y lo peor es que nos coge con la peseta enferma. ¿Qué va á ser de nosotros, Calínez? Apenas hemos asomado las narices fuera de nuestra nación, y ya llueven bombas. ¡Vaya una suerte al fulminato de mercurio que nos ha concedido la suave y apacible Providencia!

—No te desanimes ni te acongojes antes de tiempo, Gedeón. Yo confío en que la paz y armonía entre los príncipes cristianos no habrá por fin de turbarse.

—¿Y en qué príncipe cristiano confías para eso, Calínez?

—En ninguno.

—¿Entonces?

—Confío en el sultán de Marruecos, que no tiene nada de cristiano y muy poco de príncipe, pero que se ha constituido en campeón de la paz europea.

—¿Pero qué cosas tan raras se dicen hablando por telégrafo! A ver, á ver, explícame ese embrollo. Abd-el-Aziz, que no es europeo, ni cristiano, ni casi príncipe, ni puede poner paz entre los suyos...

—La cosa es muy sencilla, Gedeón amigo. Francia, como sabes todo lo bien que se pueden saber estos hondos secretos diplomáticos, aconsejó al sultán de Marruecos que implantara en su reino una serie de reformas beneficiosísimas para sus súbditos: instrucción pública, reorganización del ejército, construcción de ferrocarriles, arreglo de la Hacienda marroquí sin Villaverde; en fin, cuanto puede soñarse para la felicidad y el remozamiento de un país.

—¿Y Abd-el-Aziz se apresuró á seguir los consejos de Francia?

—No, Gedeón; el sultán de Marruecos no es hombre que procede de ligero. «A mí me parece de perlas—le ha dicho á Francia—que mis súbditos sean gente ilustrada, que mi ejército constituya un ejército temible, que los marroquíes viajen en ferrocarril y su comercio se extienda y desarrolle. Tampoco encuentro mal que las reformas de la Hacienda nos conviertan en nación próspera, rica y sin Villaverde. Aceptaría, en suma, toda esa felicidad para mí y para mis súbditos, si no pensara, antes que en nosotros, en las potencias europeas.»

—¿Qué desinterés tan grande!

«Prefiero que los marroquíes (sigue

hablando Abd-el-Aziz por telégrafo) continúen siendo bárbaros y miserables, á que entre las naciones del continente se origine el menor rozamiento. De modo y manera, que si todas las potencias europeas signatarias del tratado de Madrid celebran otro Congresito y acuerdan en él que seamos felices, lo seremos; pero si alguna discrepa y no está conforme con nuestra felicidad, entonces nada de reformas ni de beneficios, de cultura ni de riqueza; nos quedaremos tan bárbaros como antes, y á vivir. ¡Todo por la tranquilidad de Europa!» Ya ves, Gedeón, si es grande el sultán de Marruecos.

—¡Inconmensurable! ¡Qué caso tan extraordinario de altruismo! ¿Qué le falta á esa nación empeñada en ser bárbara, si no se civiliza á gusto de todos los extranjeros?

—Como no le falte un partido conservador con la jefatura de Maura, no sé qué otra cosa puede faltarle.

—¿Qué me cuentas, Calínez? ¿ya es Maura jefe del partido conservador?

—Así se asegura por ahí. Y mira tú qué cosa tan rara: Dato, que tiene de la política conservadora un concepto completamente opuesto al de Maura; Dato, que blasona de liberal y hasta de socialista, tanto como el otro de neo y de retrógrado, es, según afirman muchos y yo no lo puedo creer, el más activo y entusiasta propagandista de la jefatura de Maura.

—¿Tendrá algo que ver Dato con el sultán de Marruecos?

—Es posible; son dos seres altruistas hasta el sacrificio de las personas, de las ideas, de la felicidad de sus compatriotas, del progreso y adelanto de las respectivas naciones. La Historia inscribirá en su libro de oro los nombres de Abd-el-Aziz y de D. Eduardo Dato, como el de las dos personalidades más heroicas contra los suyos, añadiendo en gruesos caracteres: «Gracias al Sultán, Marruecos continuó siendo bárbara; gracias al político, España prosiguió siendo nea.» O lo que es lo mismo, ¡ya no hay Estrecho de Gibraltar!

—Tu exclamación me parece un poco prematura. Eso podrá decirse, en todo caso, al día siguiente de la anunciada boda, ó sea cuando España é Inglaterra se hayan entendido por completo. Entonces, efectivamente, ya no habrá Estrecho de Gibraltar, Calínez.



¡ UN JEFE !

Si ha de mantenerse fiel á su historia y á su honor, ¿quién va á ser el jefe del partido conservador?



LA ESTATUA DEL JEFE

SÁNCHEZ TOCA.—VAMOS, AYÚDENME USTEDES A COLOCAR ESTE SANTO EN EL PEDES. AL...
Y CON MUCHO CUIDADO, QUE ES DE YESO

Esta es la duda sagrada
que se presenta en sus filas,
y que no es duda ni es nada
para las gentes tranquilas,
que con un sentido crítico
se preguntan desde fuera:
«¿Se busca un jefe político?...
¡Todos son unos!... ¡Cualquiera!»

Pero, en fin, la duda existe
y el resolverla es urgente;
y el partido se reviste
del aspecto consiguiente...

Ya hay cartas, consultas, citas,
conferencias, cabildeos,
uniones de los levitas,
voces de los fariseos,
proyectos, programas, planes,
lista nueva y lista vieja,
y juntas de rabadanes
para comerse la oveja.

Porque, en tales ocasiones,
sin temor a la malicia,
se lucen las ambiciones
y se enseña la codicia.

Fácil es, por de contado,
buscar un hombre de altura
que de ese conglomerado
merezca la jefatura...

Fácil; pues de audacia llenos
para acometer la empresa,
está el que más y el que menos
a la altura de la fresa.

Tiene el partido temor
de que salga un infelice
desaglomerizador
que lo desaglomere,

sin pensar que en el Poder
vive la fuerza aspirante,
pues siempre ha sido el comer
lo mas conglomerizante...

¡No pase ningún cuidado
y persista en su carrera,
porque ese conglomerado
ya no se desconglopera!

Como se acerca el momento
de elegir nueva batuta,
ya se observa el movimiento
precursor de la disputa.

Y con las armas venales
que conoce todo el mundo
luchan Maura, los Pidales,
don Marcelo y don Raimundo.

Del proyecto de un partido
conservador «a la inglesa»,
Dato, al fin, se ha arrepentido
y hoy por Maura se interesa,
y éste, que a su genio invoca
por sí el alto sitio atrapa,
se encomienda a Sánchez Toca
y hace trabajos de zapa.

¡Por Dios que es caso estupendo
y es un suceso irrisorio
ver a Sánchez Toca haciendo
la Brigida del Tenorio!

Diógenes a la moderna,
¡cuidado no te deslices,
ya que en lugar de linterna
te alumbres con las narices!

¡Pobre Raimundo! A mí ver,
su desgracia es singular...
¡ya le están dando a entender
que se tiene que largar!

Hoy que sube su importancia,
que se crece a nuestra vista,
pues hasta en París de Francia
le llaman gran hacendista,
para quitarle el cartel
oye este grave rumor:

«¿Quién va a ser el jefe del
partido conservador?»

¡Ingratos! Si en todo el mundo
se le estima y considera,
¿no podrá ser D. Raimundo
tan jefe como cualquiera?

¡Sí tal! Pero es tan atroz
la maldad de su Destino,
que ya le falta la voz
hasta por ese camino.

Sus éxitos indudables
se convierten en fracasos
y no encuentra dos notables
que quieran seguir sus pasos.
Quiso repasar sus listas
para evitarse un tropiezo...
¡Ya no hay más villaverdistas
que el pobre doctor Cortezol



Cositas sueltas del perro de Gedeón

Señores, cuidado que se aprende le-
yendo los telegramas del Extranjero
con ocasión de los viajes!

Esto ilustra más que los viajes mismos.
¿Quieren ustedes un ejemplo?

Al hablar de la visita regia a un Mu-
seo, decía la otra noche un apreciable
colega:

«Llamó mucho la atención la magnífi-
ca estatua de la Victoria Alada, del fa-
moso escultor Samotraco.»

Claro está que no hubo tal escultor ni
tal Samotraco ni nada.

Se trata pura y simplemente de la
conocidísima estatua de la Victoria de
Samotraco, que todo el mundo conoce.

Gedeón tiene en su despacho una re-
ducción de la tal estatua, que le costó cin-
cuenta reales.

Ya estamos esperando un telegrama de
Londres en que diga:

«Gustó bastante la estatua de un mari-
no desconocido, por el famoso escultor
Horacio Nelson.»

O bien esto otro:

«Hemos estado en Trafalgar-Square,
que es a una plaza a la cual se ha dado
ese nombre en memoria del célebre mer-
cado así llamado existente en el populoso
barrio de Chamberí.»



Ya se ha hundido otro poco del tercer
Depósito.

Lo que queda por hundirse concluirá
de derrumbarse cuando se abran de nue-
vo las Cortes.

Y entonces sí que va a haber víctimas.
Por eso dice anoche un periódico con
letras gordas:

GARCIA ALIX, PREOCUPADO

Ya lo creo.

Como que le va a coger debajo.



Por cierto que, según tuvimos el honor
de pronosticar, no va resultando na-
die responsable del primer hundimiento,
ni del segundo ni de los demás que
ocurran.

Toda la Prensa y las personas compe-
tentes convienen con unanimidad en que
el nuevo hundimiento «tiene excepcional
importancia para el desarrollo del pro-
ceso».

Y tanto.

Al tercer hundimiento, veremos el pro-
ceso entre los escombros.



El compañero Morato ha ido a la Ex-
posición de Lieja, y protesta, con
la seriedad propia de sus convicciones,
porque ve que allí la gente va a divertir-

se y nada más, y abandona lo útil por lo
agradable.

He aquí una confesión verdaderamen-
te paradisiaca.

Es natural, amigo Morato. La gente,
a lo que va es a divertirse, a echar una
cana al aire, y para eso se celebran las
Exposiciones.

Bastante lúgubre es ya de por sí la
existencia para que la entenebrezcamos
más considerando que los *Music-halls* y
las cervecerías deben ser cuidadosamente
evitados para dedicarnos exclusivamente
a los estudios serios.

Bien está la Sociología; pero, vamos,
compañero Morato, que también a usted
le gustará de vez en cuando una chica
alemana.



Dicen que hay tres ministros dispues-
tos a aceptar la jefatura de Maura
en cuanto se ofrezca ocasión.

Pero no dicen claro quiénes son.

¡A ver, nombres, nombres!

Dos; ya nos los figuramos.

El sagaz Ugarte y Vadillo.

Ministros *syndetikon*, dispuestos a pe-
gar todas las roturas.

¡Vaya un par de señores continuando
la historia de España!

Por eso alguien los ha definido, desde
una gran altura, con cierta frase graciosa:
—Son dos ministros de queda.



UN FOLLETO

Nuestro ministro de Hacienda es un
hombre verdaderamente extraordi-
nario.

Ya suponemos que al decir «nuestro
ministro de Hacienda», todo el mundo
creerá que se trata de Villaverde.

D. Raimundo es un hacendista formi-
dable, según hemos convenido propios y
extraños, y sólo por sus admirables pro-
yectos rentísticos, por sus medidas salva-
doras, el actual Gobierno que poseemos
ha traspasado las fronteras...

¡Pues no, señor!... Es decir, no nega-
mos todo esto referente a D. Raimundo,
pero queremos afirmar que no es él el
aludido al nombrar el ministro de Ha-
cienda.

El ministro de Hacienda es ¡García
Alix!

¿Qué?... ¿No lo sabían ustedes? Pues
nosotros estábamos también casi, casi, en
esa dulce ignorancia, en ese agradable
desconocimiento en que viven segura-
mente la mayor parte de nuestros com-
patriotas.

¿Qué español medianamente ilustrado,
mayor de edad y en el pleno uso de
todos sus derechos civiles y políticos,
sabe que el Sr. García Alix es ministro
de Hacienda?

Ninguno, seguramente.

García Alix tiene cierto nombre como
murciano, como obrero, como cacique y
hasta como propagandista del *chaquet*. Y
no es menos popular como ministro de
la Gobernación, gracias a sus inolvida-
bles medidas electorales, que hicieron ge-
mir las prensas, llorar los hilos telegráfi-
cos y gritar los hilos telefónicos.



PREPARANDOSE PARA LA APERTURA

DON RAIMUNDO, Á LOS UJIERES.—Á VER, LIMPIAR BIEN EL SALÓN, Y MIRAR CON CUIDADO DEBAJO DEL BANCO AZUL, NO ME HAYAN PUESTO TAMBIÉN Á MÍ ALGUNA COSA DESAGRADABLE.

Pero ¿quién hubiera sospechado que fuera también un Necker?

Pues lo es.

Desde que se encargó de su departamento ha estudiado nuestro problema económico, ha trabajado con verdadero heroísmo, y pronto nos ofrecerá el fruto de sus desvelos incansables, de sus improbas labores, de sus hercúleos esfuerzos.

Las Cortes abrirán sus puertas en seguida, y allí veremos la obra magna de García Alix: el Presupuesto.

Y como su importancia será extraordinaria y nadie supondrá quién es el autor de tan agradable *capo di lavoro*, su mismo autor se encarga de fijar nuestra atención con una modestia digna de los aplausos que Gedeón no le regatea.

Esto se deduce del siguiente suelto que leemos en *La Correspondencia de España* y cortamos con nuestras tijeras inactivas y reproducimos en las columnas de este impopular semanario, para que lo conozcan y lo propaguen los escasos amigos y favorecedores que nos quedan.

«El ministro de Hacienda tiene el propósito, una vez que entregue el proyecto de Presupuesto á las Cortes, de publicar un folleto que contenga un extracto del Presupuesto, con la extensión necesaria para formar idea exacta de la obra económica, y trate también de las leyes complementarias.»

»Dicho folleto será repartido profusamente, para que pueda conocerse en todas partes el alcance é importancia del Presupuesto que va á discutirse; y en el cual se atiende mucho á una política que nos ponga en relación con Europa, y poner fin al aislamiento en que desde hace tiempo está colocada España.»

¡Digno y ejemplar ministro!

Tu acuerdo nos parece de perlas, pues gracias á él sabrá España, y comentará el Extranjero, de lo que es capaz un hombre que se decide á salvar nuestra desventurada Bolsa.

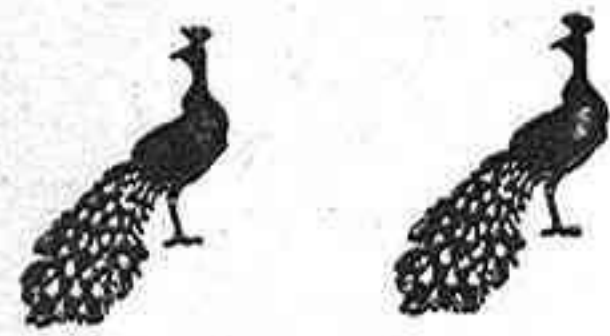
¡Tendrá que leer el folleto!

Recordando las cosas que dijo de su paisano el escultor Salcillo el propio García Alix cuando se ingresó (!) en la Academia de Bellas Artes, á Gedeón se le hace la boca agua.

¡Un folleto de Hacienda, de García Alix, para explicarnos el nuevo Presupuesto, con todos los chistes y cantables que tiene la obra!

¡Con azúcar estará peor el trabajo económico del ilustre murciano!

Y ya sospechábamos nosotros que esto era cosa de folleto.



¡Gracias á Dios!

Durante mucho tiempo los madrileños no han podido dormir tranquilos. Una idea fija, tenaz, les preocupaba diariamente:

¡Lea usted A B C! ¡lea usted A B C! Y siguiendo con docilidad este mandato, enviaban á la criada al café vecino por el periódico. Y la doméstica volvía verdaderamente afligida: ¡no lo encontraba en ninguna parte!

¡Lea usted A B C! Y todas las mañanas, al levantarse se encontraban los madrileños con la misma terrible exigencia. «Bien, sí, decían las víctimas propiciatorias, yo estoy dispuesto á leer A B C; ¿pero dónde?»

Y un buen día salimos á la calle, y cuando menos lo pensábamos dimos de manos á boca con nuestro querido compañero, correctísimo, elegante y de gran espectáculo.

«Ya recordará usted, me dijo, que yo había nacido para ser diario.»

—Sí, hombre, sí; pero, vamos, ¡ni la venida del Mesías! Nosotros, la verdad, sospechábamos, y con razón. ¡Ya ve usted, Villaverde también había nacido para sanear la peseta, y, sin embargo, aún no ha llegado tan dulce momento; pero usted ha tenido palabra. ¡Desde nuestra insignificante pequeñez, con qué envidia le miramos! ¡Un rotativo, y un rotativo con bobina de descarga!

¡Qué descabro para la cátedra!

Y felicitando muy cordialmente á nuestro joven compañero, nos alejamos muy satisfechos de alternar con un colega que, además de ser rotativo, tiene bobina... de descarga.

¡Cielos! ¿Por qué no habremos nacido nosotros para ser lo mismo que A B C?

¡Irritantes privilegios de la vida!



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

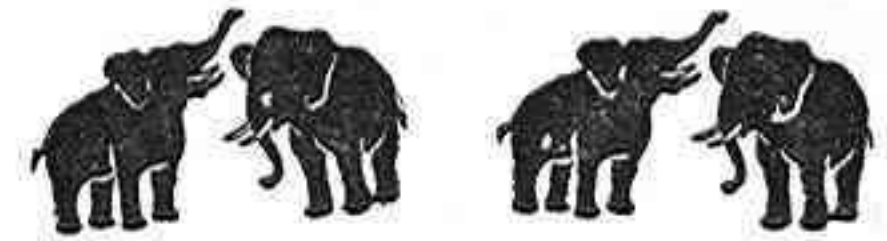
Va de cuento, señoras y señores.

Era Rita una hermosa labradora (con asonantes en el primer verso), *gala sin par de la pequeña aldea* (y rípios y asonantes al segundo), *de negros ojos y cabellos negros* (en éste ya son tres las asonancias), *de labios gules y de faz trigueña* (pues mire usted, me choca... *labios gules...* con ellos Rita hará los imposibles). *A sus padres perdió cuando era niña* (¡qué horror! huérfana ya en el quinto verso), *y de extraños quedó bajo tutela* (¡alza! ya la dejó hasta sin parientes), *y vivía sin familia y sin cariño* (pero con una sil. ba de sobra) *en modesta mansión, con pobre renta* (pues con su renta y con los labios gules, no se puede quejar la pobrecita). *Más por inclinación que por consejo* (¡cómo hace versos el autor citado! pues si algún buen consejo él escuchara, roto hubiese la pluma pecadora), *desde luego siguió del bien la senda* (¡oh qué versuco más desagradable!), *que ha de ser rosa la que nace rosa* (naturalmente, yo jamás he visto de un rosál salir peras ni fresones), *y el jaramago, jaramago queda*. (¡Miren por dónde sale el jaramago, consuelo de poetas picarillos!) *Al verse sin familia, vió un hermano* (pues ya tiene familia y no hay podema) *en todo aquél que desdichado era*. (¡Bah! ya tiene el autor una hermanita, pues es tan desdichado en otras cosas como en los versos; ¡pobre señor Mena!) *Y al pobre socorrió; cuidó al enfermo* (¡todo con una renta pequeñísima! ¡qué milagros de panes y de peces

se hacen en un romance endecasílabo!), *y á la viuda consoló en sus penas*. (Me escaman estas jóvenes de labios gules que dan consuelo á las viudas.) *A nadie hizo jamás el menor daño* (¡este es un verso fluido y gaseoso!), *y cuantas veces pudo el bien hiciera*. (Era una especie, pues, de Sánchez Gora.) *Era uno de esos ángeles que el cielo á hacer bien y á sufrir manda á la tierra*. (Fijese usted, qué antítesis tan linda! *¡A hacer bien y á sufrir! ¡Ese es el pago que uno recibe!... ¿Y á qué manda el cielo, pregunto yo, esos seres á este mundo? ¡Se le ocurren al cielo algunas cosas!... Ahora va un dos en números romanos para más graduar las emociones.)*

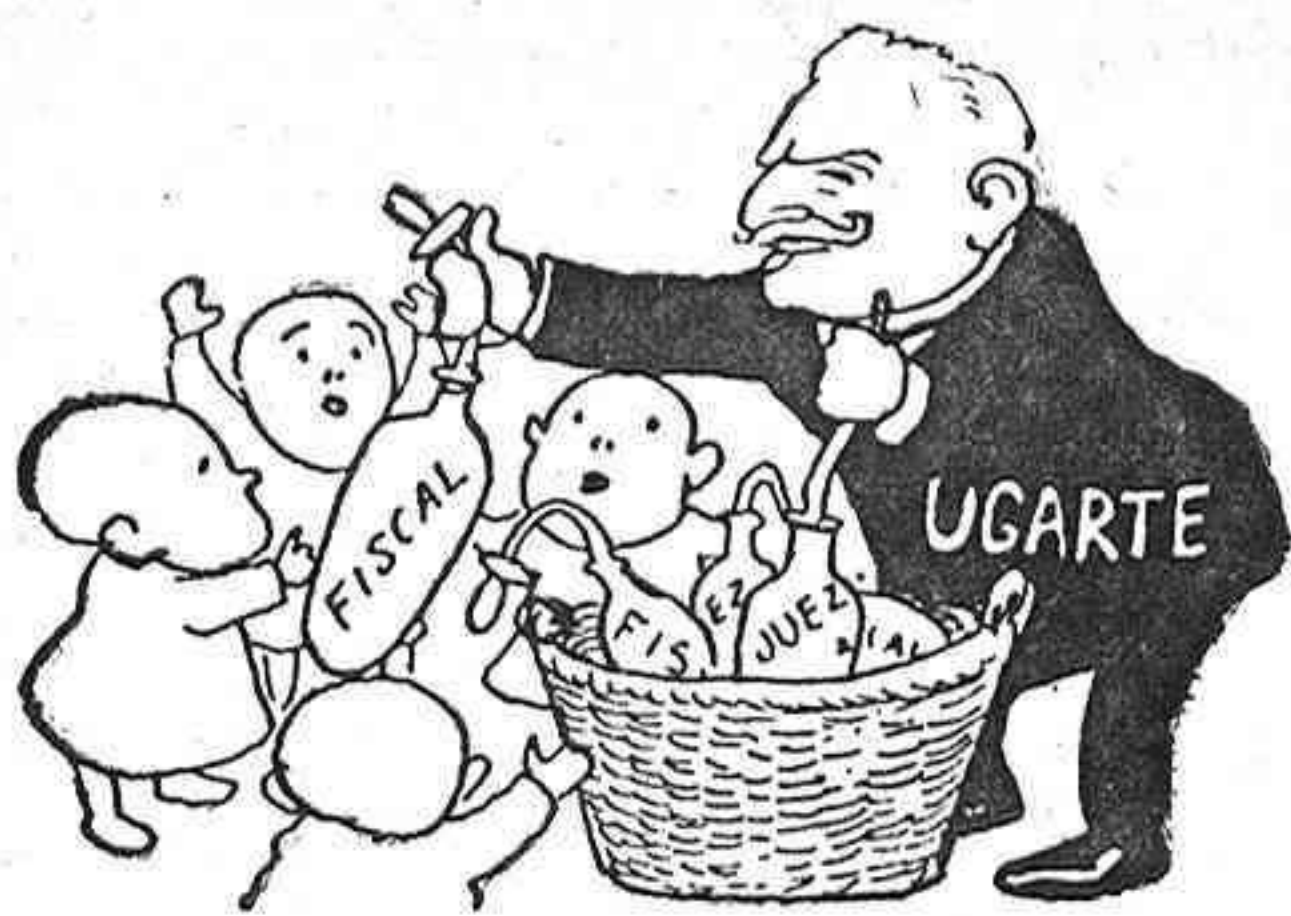
II

Era Francisco mocetón robusto, de sereno valor y grandes fuerzas (vaya, ese mocetón ya me es simpático, que aquí hacen mucha falta hombres de puños), *por quimerista en el lugar temido* (también me gustan algo quimeristas), *y mirado cual rey en la taberna*. (Eso ya no; detesto el alcoholismo... y además, no comprendo en qué taberna se mirará cual rey á un parroquiano.) *Siempre el bolsillo rebosando oro* (¡vaya un tío con suerte el tal Francisco!), *adquirido del crimen en la senda* (¡caray, cuánto lo siento! ¡y yo me iba ya aficionando al tal Francisco! ¡Es lástima!), *lo derrochaba pródigo en el vicio* (¿ha visto usted qué mala entraña de hombre?), *sin gastarlo jamás en obra buena*. (Realmente, no es común que un homicida se dedique á fundar tiendas-asilo ni á dotar hermanitas de los pobres.) *Siempre su mano á asesinar propicia* (¡leñe, qué hombre más malo! ¿han visto ustedes? Premeditaba siempre un golletazo, como el chico de Juan, Rafael Molina), *siempre su boca á blasfemar dispuesta* (pero ¡qué suerte de hombre! ni por blasfemo ni en clase de asesino fué á la preven; qué bien dice el país:—Pero esos guardias, ¿para qué son? No sirven para nada), *siempre ansiando robar... todo lo horrible germinaba feroz en su alma negra*. (Vamos, que era un carácter sostenido como los de *En el seno de la muerte*.) *¡Cuántas veces el oro con la vida arrancó al caminante en la vereda!* (¡Cuando digo que está muy mal montada la vigilancia en trochas y caminos!) *y á veces preso fué, mas siempre libre el juez le declaró... por faltar pruebas*. (¡Qué sinvergüenza era ese juez! Señores, ¡cómo está la justicia en verso heroico!) *Un padre tuvo que poner remedio del hijo quiso á la conducta aviesa, y, por mano cruel, asesinado murió en el fondo de intrincada selva*. *¿Qué mano cometió tan negro crimen?* (Quien esto y otras cosas saber quiera, puede leer, por cinco perros gordos, *¡Mentira!*, ese magnífico podema, del cual copiamos sólo los primeros versos. Su autor es don Santiago Mena.)



... y armas al hombro

Ha comenzado la semana con un bonito reparto de biberones jurídicos. Ejerció de *gota de leche* el sagaz Ugarte. Ya saben ustedes de qué se trata: de los Juzgados municipales de Madrid. Como quien dice, de unos cuantos momios escrupulosamente *pasteurizados*. La *gota de leche*, esta vez ha favoreci-



do á diversos niños de las mejores familias.

Un niño de Montero Ríos, un Cobián, un sobrinito de Maura *et sic de cæteris*.

¡Y pensar que Gedeón no es hijo de nadie más que de sus obras, ni tiene más relaciones que las de su inseparable Calínez!

Por lo cual, á pesar del título de abogado que posee, como cada quisque, se quedó una vez más sin el biberón jurídico.

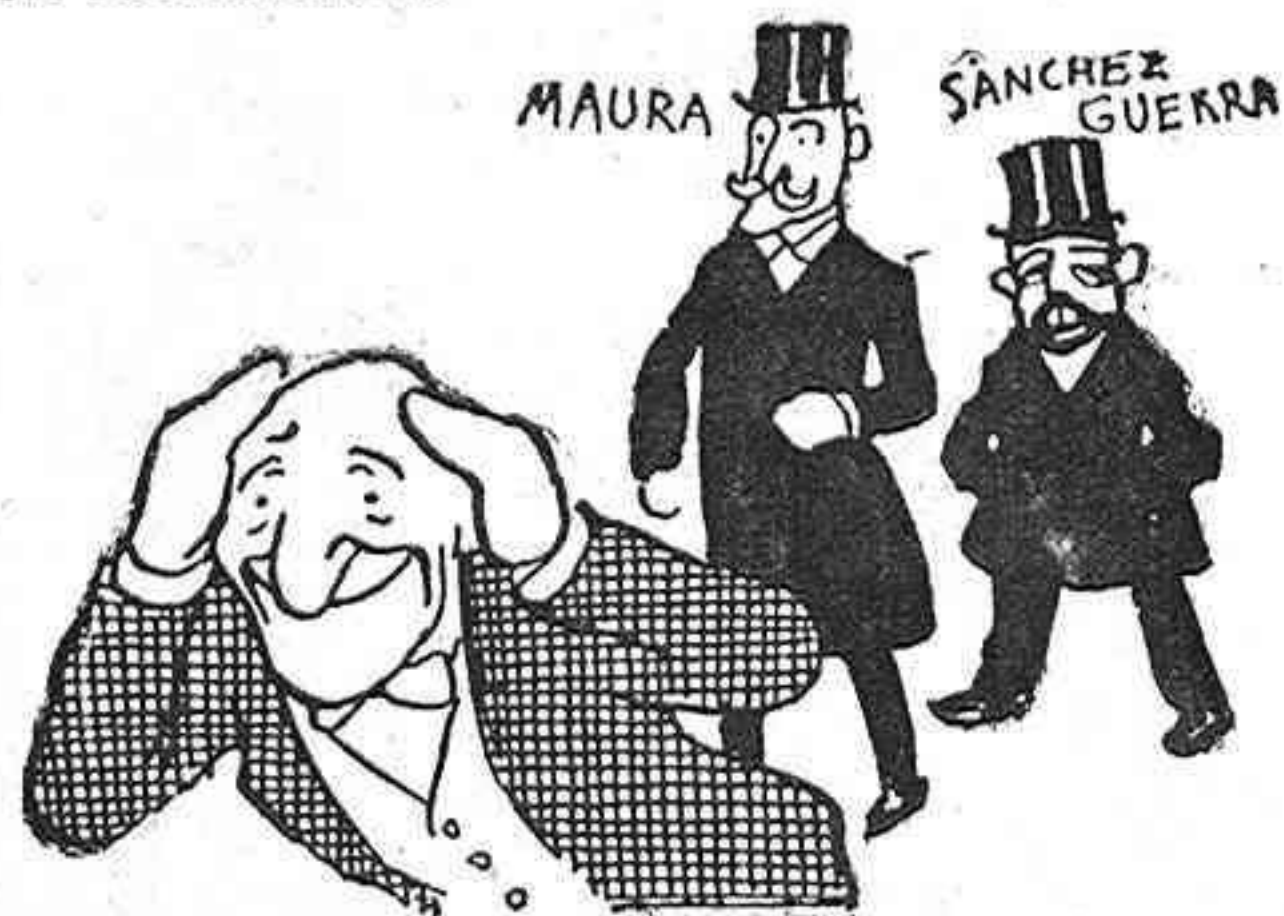
Este ha sido uno de los mayores desengaños de su ya larga vida política (diez años justos, por Noviembre).

¡Ay qué sagaz Ugarte! ¡ay qué sobrinitos políticos! y ¡ay qué gota de leche!

Y lo peor del caso no es esto.

Lo peor es que, de seguir las cosas como están, para el año que viene la gota de leche, ora jurídica, ora administrativa, se repartirá exclusivamente entre los allegados, aguados, cognados y paniaguados de Maura.

Porque (¡lo digo llevándome las manos á la cabeza!) eso es lo que se ve de venir en lontananza.



Monsieur *Mogá*, como le llaman en la redacción de *Le Temps* cuando se dignan hablar de España en un *entrefilet* de los caros, aparece ya por el horizonte.

Tras él viene, todo dientes, todo ojos su acólito, acostumbrado á decirnos de la misa la media: la que sabe.

Temblemos de pies á cabeza, ¡oh mis nobles amigos!

De esta hecha, vuelven los oscuros golondrinos.

Para mayor ignominia, el pasado y futuro amo dice que ha tomado una casa en Bagnères de Bigorre, ahí, en los Pirineos.

Como para recordar el Cauterets y la Bourboule de Cánovas.

Este D. Antonio el chico, empieza á jugar al D. Antonio el grande.

Aunque algunos dicen que éste ha ido á Francia para, cuando vuelva, traer más luises.

Mientras tanto, el que se ha divertido de firme en Londres es el trilingüe Villaurrutia.

¡Qué señor tan insignificante, cielo santo!

¿Ustedes no han reparado en la escásima importancia que se le ha concedido, á pesar de todas sus lenguas?

¡Qué decepción!

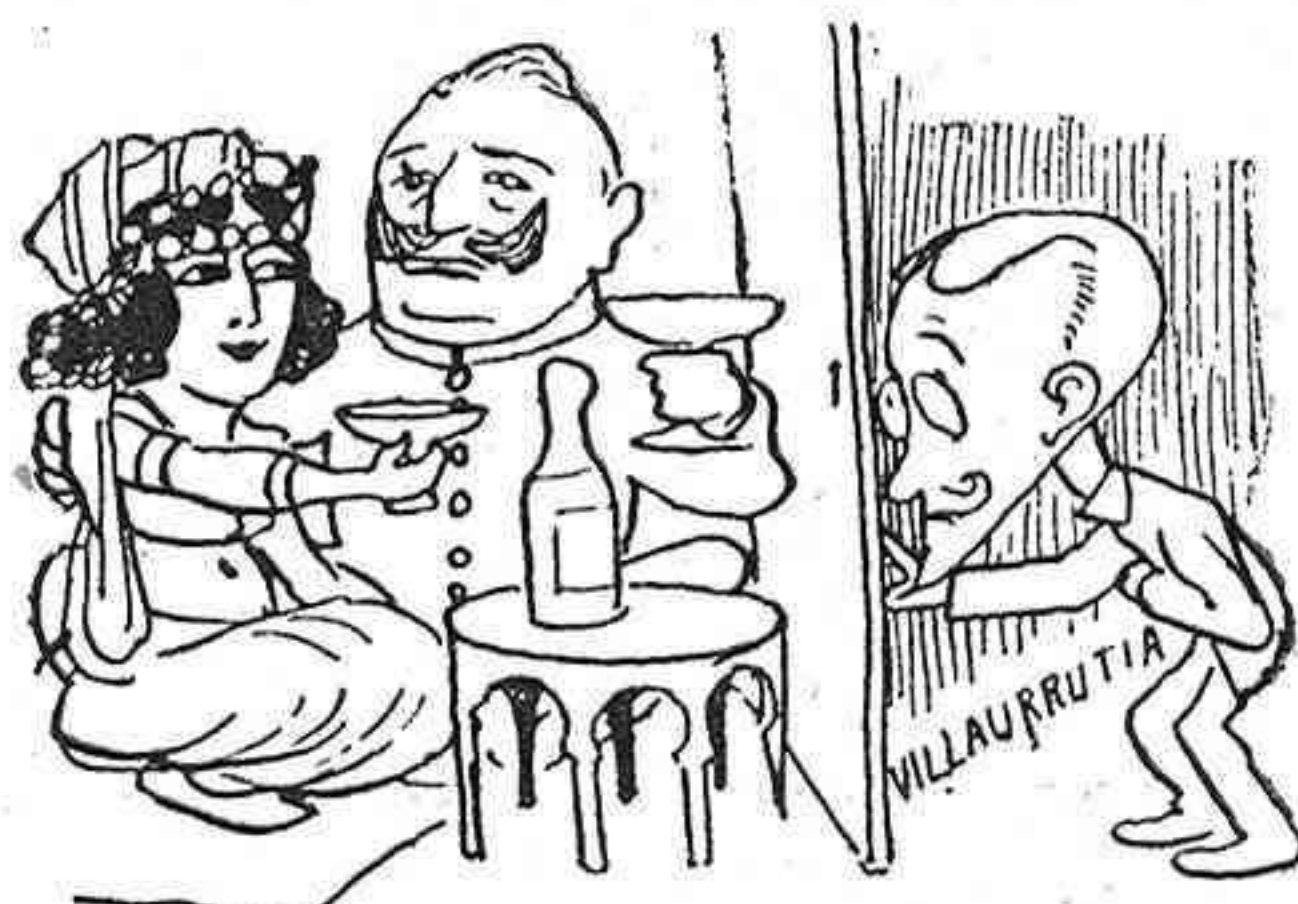
El pensaba que iba á dar golpe saludando en tres lenguas, y luego resultó que la gracia estaba en saludar con la mano y el brazo arqueado, como Fuentes después de pelear al cambio.

«Estoy convencido, le dirá á Villaverde en cuanto llegue, de que las lenguas no sirven para nada.»

«Pienso lo mismo, contestará profundamente apenado el Presidente; pero ¿qué le va uno á hacer cuando no dispone de otros recursos?»

De todos modos, ya que no otra cosa, Villaurrutia ha podido presenciar un espectáculo muy sugestivo.

Mientras él cenaba en el restaurant Internacional con un amigo francés y otro inglés que se habían sentido alcohólicamente fraternales, Villaurrutia creyó sentir ruidos sospechosos en el gabinete particular de al lado.



Arrimó al agujero de la llave el ojo que piensa dejarse abierto en el Senado para cuando hablen el Sr. Bushell ó el Sr. Sánchez Román, y pudo observar que la mora misteriosa, tras la cual habían andado toda la noche el francés, el inglés y el propio Villaurrutia, estaba de alegre cuchipanda con el tudesco.

«¡Eh, eh, que nos birlan la moral, exclamó todo sobresaltado.»

Y al volver la cabeza se encontró con que el inglés y el francés ya habían huido, por recobrar á la mora... ó por no pagar la cuenta.

En cambio, ¡cuál no habrá sido el gozo del propio Villaurrutia al encontrarse con que las señoras inglesas le *homenajeaban* poniéndose en las rubias cabezas la consabidamente airosa mantilla de nuestras mayores!

El espectáculo venía á ser algo así como el

Mislor, mislor

de Cádiz, sólo que al revés.

En justa correspondencia, Villaurrutia



se creyó obligado á bailar una giga, convenientemente vestido de escocés.

Y hasta quiso tocar la gaita escocesa, para mayor propiedad.

Pero un inglés le dijo:

«Mister Villaurrutia, no trate de templar gaitas, que no sirve para eso. Y si usted la templara, ya se la destemparía el obispo de Barcelona.»

Lo cual, naturalmente, no tiene gracia, ó cuando más, tendrá gracia inglesa; pero es una verdad como un templo evangélico.

En la Ciudad Lineal, que más bien pudiera llamarse Ciudad erial ó algo por el estilo, fuimos y celebramos el otro día la Fiesta del árbol.

En vista de que los comestibles no escaseaban y de que los *ordubres* eran variados, cuatro ó cinco vecinos del centro declaramos que aquello era el ideal en materia de ciudades.

Y hasta llevamos á los niños á contemplar el arbolado del porvenir.



Pero, la verdad sea dicha aquí entre nosotros, eso ni es ciudad, ni lineal, ni tiene pinta de nada más que de un proyecto de Tebaida, destinado á que vivan en él (¡es el colmo! ¡vivir en un proyecto!) unos pobres anacoretas, con la jesuita de Chamartín en una punta y las perfumadas emanaciones del Abroñigal en la otra. Nuestro consecuente amigo Juanito Pérez Zúñiga improvisó unos versos, que llevaba embotellados, para demostrar las ventajas de la ciudad esa; pero él mismo se reía de la broma.

Yo creo que, en efecto, como decía un antepasado de Gedeón, es una tontería no construir las ciudades en el campo; pero en este caso había que hacer primero el campo y después construir la ciudad.

Diálogo próximo entre Villaverde y el cochero de la Presidencia, junto á la marquesina de la estación del Norte.



El cochero.—¿Dónde quiere V. E. que le espere?

D. Raimundo, presa de la mayor inquietud.—No sé... por ahí... donde quieras. (Para sus adentros): Aún puede que tenga que volver á Madrid en un simón... ó en el tranvía... ó á pie y pidiéndole limosna á Maura.



HACIENDO LA MALETA

UN CONCEJAL.—¡YA ESTÁ TODO LISTO! ¡AHORA, Á LONDRES!

OTRO CONCEJAL TÍMIDO.—¡SEÑORES, SEÑORES! ¿HAN PENSADO USTEDES SERIAMENTE EN LA CANTIDAD DE INGLESES QUE NOS VAMOS Á ENCONTRAR ALLÍ?

Recal